

217

## VIII.—Jácara que se cantó en la compañía de Olmedo.

INTERLOCUTORES:

ANTONIA INFANTA.	VICENTA.
OSORIO, gracioso.	BORJA.
JACINTA.	

*(Dan voces en el patio pidiendo jácara, y sale ANTONIA INFANTA, y dice representando.)*

ANTONIA. Entendámonos, señores:  
¡cuerpo de diez con sus vidas,  
de catorce con sus almas,  
y de veinte con su grita!  
¿Regodeo cada hora?  
¿Perejil cada comida?  
¿Sainete cada bocado?  
¿Novedad cada visita?  
Medraremos en corcova.  
¿Jacarita cada día?  
No era malo el arregosto:  
vengan de aquí á un mes á oirla.  
*(Hace que se va, y vuelven á pedir jácara.)*  
En efecto, señor patio,  
que con dar voces y prisa  
se sale con cuanto quiere.  
Pues fuera toda mohina;  
que de jácara he de hartarle,  
sin quitarme desta silla *(Siéntase.)*  
hasta mañana á estas horas:  
yo á cantarla, y él á oirla.  
Mal haya por quien quedare;  
y diga amén.

*Sale OSORIO y siéntase.*

OSORIO. Amén, niña;  
que á mí no me ha de caer  
maldición tan merecida.

*Sale JACINTA y siéntase.*

JACINTA. Ni á mí, que no soy golosa  
desto que llaman paulina.

*Sale VICENTA y siéntase.*

VICENTA. Y acá, señoras comadres,  
¿apedreamos las viñas?

*Sale BORJA con el arpa á un lado, como espada, tañendo y cantando.*

BORJA. Y á mí que me papen duelos,  
pues no tienen, ¡vive cribas!,  
en los cuatro para un diente,  
si mi arpa se emberrincha.  
Témanla, que es una loca,  
y aunque cuerdas la administran,  
lo ha de meter todo á voces  
si la aprietan las clavijas.  
Va de jácara ensillada,  
que sin jineta ni brida  
ha de pasar su carrera  
con ayuda de vecinas.

ANTONIA. Va de cuento y va de historia: *(Canta.)*  
Érase doña Pandilla,  
moza de carita zaina,  
como, digamos, la mía,

de miradura matante,  
venenosa y basilisca,  
tanto, que si algún pobrete  
de mirarle se descuida,  
dice, sin ser escribano,  
de mis ojos cada niña:  
doy fe que ante mí pasó  
esta muerte repentina;  
y es tanta la mortandad,  
que porque mi bizzaría  
tenga que matar mañana,  
hoy me recojo de vista.  
A los bolsillos con alma  
les digo: «Dios os bendiga»,  
y á las almas sin bolsillos:  
«al herrero que echa chispas».

La plata pongo á recaudo;  
las casas deajo barridas,  
sin ser moza del vedrío,  
como alguna que me mira.  
VICENTA. Si por mí lo dices, mientes  
tú y tu boca relamida,  
que jamás tocó á mi mano  
la grasa ni la ceniza.

Otras hay en el corrincho,  
que sin ir de viga en viga,  
en Madrid y en Talavera  
están en una hora misma.

JACINTA. Yo lo estuve, y con mil honras,  
mejor que alguna micita  
que cuanto adquiere por gracia  
se lo quitan por justicia;  
y esto lo sustentaré,  
sin que le falte una brizna,  
con el más ahigadado  
jugador de grande y chica.

ANTONIA. ¿Esto consientes, Villodres?  
¿Qué haces que no respingas,  
vomitando por los ojos  
lo que por la boca brindas?

OSORIO. No me mueven pocas cosas;  
no se decienta mi ira  
ni mi furor se abochorna  
contra un par de lagartijas;  
que si el alma desembrazo  
y el cuerpo se desensilla,  
se le han de hacer á mi enoho  
cien mujeres una pizca.

*(Representado.)*

VICENTA. El enojo tiene á gatas.  
JACINTA. Y la cólera en cuclillas.  
ANTONIA. Y la saña es menester  
sacalle con unas pinzas.  
OSORIO. ¡Fuera!, dije: ¡concluyóse,  
que me han tocado en la honrilla!

*(Levántanse todos, quieren reñir, y BORJA se mete en medio, poniendo paz.)*

VICENTA. ¡A las uñas!

JACINTA. ¡A las garras!

OSORIO. ¡Al clamoreo!

ANTONIA. ¡A las misas!

*(Cantado.)*

BORJA. Embargo la peleona,  
que no es razón que se diga  
que riñen marcas de bien  
por cosas de niñería. *(Siéntanse.)*

OSORIO. Vuelvo el enoho á la vaina.

ANTONIA. Yo la cólera á la cinta.

VICENTA. Yo la saña á su lugar.

JACINTA. Y yo el furor á mí misma.

ANTONIA. ¡En qué riesgo nos ha puesto  
el cantar su jacarilla,  
que aínas nos hubiera muerto,  
ó matáramos aínas!

OSORIO. Estas jembras no se acuerdan  
que en los almendros de Oñas  
yo fui Conde de Carrión,  
y ellas del Cid fueron hijas.  
Pues por el agua mejor,  
que es la del Ave-María,  
que si... quédese en que si;  
no descubramos la tiña.

ANTONIA. Tiñosas nos ha llamado:  
ay ¡qué deshonra enfermiza!  
ay ¡qué agravio de hospital!  
ay ¡qué asquerosa mohina!  
Pues, espulgón madrigado,  
delincuente sarnicida,  
¿cómo la opinión abollas  
de un tres en raya de ninfas?

*(Representado.)*

VICENTA. Alto, yo quiero estrellarle.

JACINTA. Yo quiero hacerle en tortilla.

ANTONIA. Y yo pasarle por agua,

que es la muerte más mezquina.

OSORIO. Den, por Dios, para estas tres,  
que mataron con la vista.

*(Cantado.)*

BORJA. Oigan primero una cosa  
de provecho y alegría.

TODOS. Dígalo, diga aprisa,  
ahora, dígalo, diga.

BORJA. A tomar vienen las manos  
San Martín y Algarrobillas.

ANTONIA. Si ellos entran de por medio,  
doy la mía.

OSORIO. Y yo la mía.

TODOS. Si ellos entran, etc. *(Repiten.)*

TODOS. *(Cantan.)* Jácara nos pedistes,  
ya os la servimos;  
y si pidierais ciento,  
fuera lo mismo.

218

## IX.—Loa que representó Antonio de Prado.

INTERLOCUTORES:

PRADO.	ARROYO.
FRUTOS.	ESCORIHUELA.
JOSEFA LORACO.	ISABEL DE GÓNGORA.
NIÑA, hija de MAZANA.	MARIANA VACA.
LUISA DE LA CRUZ.	MAXIMILIANO.
MAZANA.	LORENZO DE PRADO.
SEBASTIÁN DE LAS PEÑAS.	LINARES.
JORDÁN.	MATOS.

*(Aparezca FRUTOS en un bofetón, con una espada desnuda, y PRADO sentado en una silla durmiendo.)*

FRUTOS. ¡Qué descuidado que duermes!  
Despierta, Prado, despierta,  
que á las puertas de la Pascua

PRADO. se te ha muerto la Cuaresma.  
Pues bien, ¿qué se me da á mí  
que se muera ó no se muera!  
¿Tan buenas obras me ha hecho  
para que della me duela?

FRUTOS. Pues, autor Prado, ¿quién eres,  
cuando por su muerte heredas  
los aplausos de la corte,  
el logro de tus comedias,  
¿preguntas que qué te toca?  
¿respondes con esa flema?  
¿duermes con ese descanso?  
¿con ese descuido sueñas?  
O eres racional camello,  
ó eres tizón de la esfera,  
ó eres epacta de jaspe,  
ó el convidado de piedra.  
Sacude dormitaciones,  
y con lo que representas  
crujan los ejes coluros,  
gima esa máquina arteria.

PRADO. No lo entiendo.

FRUTOS. Yo tampoco;  
pero vuelto en nuestra lengua,  
quiere decir que en Madrid  
representes y no duermas.

PRADO. Si Luisa se fué á Lisboa,  
si á Sevilla se fué Rueda,  
si á Lobaco y su mujer  
el buen Olmedo me lleva;  
si tiene á Mateo y Vicente  
Malaguilla en Estremera,  
y hasta el perro, por travieso,  
hace de mi casa ausencia,  
¿con qué compañía quieres  
que á tal senado me atreva?

FRUTOS. Abre los ojos del alma,

*(Aparece un árbol muy florido con muchos nichos, en que están todos los de la compañía con guitarras y arpas. ISABEL DE GÓNGORA y la AUTORA en las primeras ramas, y el hijo de PRADO en la más alta, y la raíz del tronco sale del pecho de PRADO.)*

mira estas ramas soberbias,  
cuyo tronco y humor sale  
de tus pobres faltriqueras,  
y escucha, que en lo que cantan  
te doy consuelo y respuesta.

*(Cantan.)*

En este prado ameno  
flores no faltarán,  
porque vienen unas  
cuando otras se van.

FRUTOS. Oye, que en tu compañía  
cantando te dan la muestra,  
unos con arpadas manos  
y otros con arpadas lenguas.

JOSEFA. Desta rama primera  
sale el Autora.  
¿Quién vió en los morales  
nacer las rosas?

LUISA. En la rama segunda,  
Isabel será  
Góngora en el nombre  
y en la soledad.

NIÑA. Dorotea de Sierra,  
si os cae en gracia,

hoy será la Morena,  
no la Nevada.

JOSEFA. Yo, que soy la Lobaca,  
rondando el prado  
en la trampa he caído  
por otro año.

LUISA. Como es sobre Luisa  
Cruz mi apellido,  
el autor ya me pone  
por los caminos.

MAZANA. Engeríme en Romero  
siendo Manzana,  
y ni yo florecía  
ni él fruto daba.

NIÑA. Antes que ser Manzana  
con poca dicha,  
quiero ser deste Prado  
la manzanilla.

JOSEFA. Hoy empieza por rueda  
Maximiliano.  
La primer buena obra  
que hace un cuñado.

LUISA. Si hace todas las barbas  
Escorihuela,  
¿cómo sus compañeros  
las traen deshechas?

NIÑA. Y Pedro de Linares  
no lo parece,  
pues es el lino barbas,  
y él no las tiene.

SEB. Sebastián de las Peñas  
para Prado soy,  
comediante al hilo,  
músico en arpón.

JORDÁN. Jordán soy, mis amigos.  
Ninguno tema,  
en donde yo estuviere,  
comedia vieja.

MAZANA. Hable Arroyo; no calle  
por vergonzoso.

ARROYO. En presencia de un Río  
no habla un Arroyo.

JOSEFA. Matos fué allá en Sevilla  
tan gran bailarín,  
que una cabriola  
le puso en Madrid.

LUISA. El pimpollo es Lorenzo  
de todo el árbol.  
Buen verano tendremos  
entre dos Prados.

(Representado.)

FRUTOS. Prado, con tu compañía,  
pareces prado de veras,  
pues en sus nombres se halla  
cuanto un fresco prado encierra:  
frutos, morales, manzanas,  
linares, arroyos, peñas,  
manzanilla, soledades,  
ríos, vacas, lobos, sierras,  
y cruz que poner, si matan  
á silbos cualque comedia,  
siendo el mayoral de todo  
nuestro Juan de Escorihuela.

PRADO. ¿Todo esto sustento?

FRUTOS. Todo. (Levántase.)

PRADO. Espera, visión, espera.

FRUTOS. ¿Quién le ha dicho que yo huyo?

PRADO. ¿Qué es lo que miro?

FRUTOS. Su hacienda.

PRADO. ¿Mi hacienda? Pues yo soñaba  
que me hacían gracia della.

FRUTOS. Pues, Prado, no crea en sueños,  
que su dinero le cuesta;  
y para que no lo ignore,  
si este árbol le deleita,  
otro le pienso enseñar  
que podrá ser que le escueza.

(Descúbrese otro árbol lleno de talegos vacíos, y cantan.)

MÚSICOS. Soñó el autor que tenía  
un bolsón y otro bolsón;  
mas á la fe, compañía,  
que los sueños, sueños son.

PRADO. No cumple quien ve este trago  
si no se muere de pena.

FRUTOS. Pues esto es flores, que ya  
le piden raciones nuevas.

PRADO. ¿Más raciones? ¿Más dinero  
sobre el dado? ¡Adiós, paciencia!

(Séntase, como que se desmaya.)

FRUTOS. Que se desmaya el autor:  
rociadle con una letra.

JOSEFA. (Canta.) Un autor estuvo al cabo  
de unos dineros que dió,  
y despues que más le piden,  
se siente mucho peor.

TODOS. ¡Ay, qué dolor!

NIÑA. Yo fuí quien pidió el dinero;  
y si le debiera yo  
al Autor lo que él me debe,  
lo mismo hiciera el Autor.  
Sí, ¡vive Dios!

(Representado.)

PRADO. En la corte, y compitiendo  
con deseos y sin fuerzas,  
ahora, ahora dineros,  
ahora, ahora comedias.  
Véndase toda mi casa,  
y los vestidos se vendan  
de mi mujer. Mas ¡ay, Dios!,  
¿qué dirá cuando lo sepa?

FRUTOS. Dígalo ella, que por esto  
se dijo: dígalo ella.

AUTORA. Hoy sin un vestido estoy,  
y ayer con muchos me vi:  
aprended, damas, de mí  
lo que va de ayer á hoy.  
Mas pon las fuerzas postreras  
por servir tan gran senado.  
Autor, el que llaman Prado,  
¡pluguiera á Dios no lo fueras!;  
que yo intentaré mostrar,  
imitando tu buen aire,  
valentía en el donaire  
y donaire en el hablar;  
porque el gusto que amor da  
de haber la corte servido,  
¿quién como yo le ha tenido?;  
¿quién como yo le tendrá?

FRUTOS. ¡Ea, Autor!, pide piedad,  
pues para esquitar el gasto,

zampuzado en un banasto  
nos tiene tu autoridad.

ESCOR. Y pues no hay quien os venza  
en deseo de agradar,  
bien podéis, Prado, empezar,  
no lo dejéis de vergüenza;  
que hoy, para ver las venturas  
que os ofrecen los poetas,  
el mayor de los planetas  
convida á las criaturas.

ISABEL. Seguro empezar podrás,  
que en otro lugar cualquiera  
hallarás quien bien te quiera,  
mas no quien te quiera más.

MAX. Yo, Prado, intento hacer fuga;  
porque ¿qué suceso espero  
compitiendo con Romero,  
donde el gran Roque madruga?  
No camines á la muerte,  
donde el competir te guía,  
mal formada compañía:  
detén el curso y advierte.

LORENZO. Deja que corra veloz,  
que de dar honra y provecho,  
juramento llevan hecho  
todos juntos á una voz.  
Porque si esta prevención  
ha hecho mi padre en vano,  
¿para qué es, amor tirano,  
tanta flecha y tanto arpón? <sup>1</sup>

LINARES. Prado, el contrario es preciso.  
¡Animo, y sal á lo ancho!  
Rey don Sancho, rey don Sancho,  
no dirás que no te aviso.  
Toma mi consejo, y baste,  
pues para que te le diese,  
antes que barbas tuviese,  
Rey Alfonso, me juraste.

ARROYO. Yo callo el consejo mío,  
que soy entre tantos mares  
Manzanares, Manzanares,  
arroyo aprendiz de río.

FRUTOS. Ya os ha oído cantar.  
Bailad ahora, señores,  
que los bailes por amores  
dignos son de perdonar.

MÚSICOS. Arbolito que vas al tablado,  
dirás de mi parte á tu amo el Autor  
que no empiece sin muchas come-  
[dias,  
ó sufra los golpes del competidor.

PRADO. Tres comedias tengo nuevas

<sup>1</sup> La mayor parte de estos versos pertenecen á roman-  
ces antiguos y modernos que Benavente gustaba de inter-  
calar entre las coplas. Los dos versos,

¿Para qué es, amor tirano,  
tanta flecha y tanto arpón?...

son el principio de un romance del Conde de Villamediana.  
El de más arriba:

Detén el curso y advierte,

es el segundo verso del famoso que principia:

Malograda fuentequilla,

vulgarísimo entonces por haber recibido música diferentes  
veces. También son fácilmente identificables todos los de-  
más anteriores y posteriores á esta llamada, y en eso con-  
sistía el chiste para el público que los oía.

de don Pedro Calderón.  
AUTORA. Y es la primera que hacemos,  
*No hay burlas con el amor.*

PRADO. Otra se dignó de darme  
de tres ingenios la unión.

AUTORA. Y don Antonio Solís  
trujo esta Cuaresma dos.

PRADO. También el doctor Juan Pérez  
me ha dado otra de *Sansón*.

FRUTOS. Pues ¡mueran los filisteos!...  
Pero como suelo estoy.

(Canta.)

Que aunque son tantas,  
los mosqueteros las hunden,  
y aun no tienen hartas. (Repiten.)

AUTORA. Pues humillaos al retablo  
de los tales mosqueteros.  
Oid, señor don Gaíferos,  
lo que como amiga os hablo.

PRADO. Corte, de piedad ejemplo,  
siempre en mi alma has de estar  
por ídolo de su altar,  
por imagen de su templo.  
Mas si de mi amor te enfadas,  
diciendo irá mi dolor:  
¡Ay verdades, que en amor  
siempre fuistes desdichadas!

AUTORA. Pues que mi piedad conoces,  
discreta gente de á pie,  
silba, que yo sufriré  
cuantos silbos, cuantas voces;  
que antes me han de consolar  
de tantos silbos las furias,  
porque, al fin, quien dice injurias  
cerca está de perdonar.  
Y vos, árbol, que ofrecéis  
á tan gran senado flores,  
ya, aguardando sus favores,  
ninguna rama movéis.  
Cantad, porque diga yo  
si á Madrid parecéis bien.  
¡Mil veces bien haya, amén,  
árbol que tal fruto dió!

FRUTOS. Canten mientras yo me aliño,  
que para herirme de gana,  
dándose estaba Juan Rana  
de las astas con Treviño.

(Cantan, y cúbrese todo.)

## 219

### X.—Entremés cantado: El talego.

(Primera parte.)

Representóle Roque de Figueroa.

INTERLOCUTORES:

TREVIÑO.	ISABEL DE VITORIA.
BERNARDA.	MARÍA DE SAN PEDRO.
MARÍA, su hermana.	MÚSICOS.

Sale Treviño cantando.

TREVIÑO. ¡Ay!; ¡qué desdicha, señores!  
No la vió nadie mayor;  
si no me ahorco, es porque

no tengo tal tentación.  
Si me arañó, estaré feo;  
si doy voces, tendré tos;  
si lloro, saldré ojeroso;  
y si no, como afufón.  
¿Qué haré para tener pena,  
que me tenga su dolor  
mucho ruido y poca costa,  
como mujer que enviudó?

MAR. 1.<sup>a</sup> ¿Qué es esto, señor vecino?  
MAR. 2.<sup>a</sup> ¿Qué es esto? Diga, señor.  
ISABEL. ¿Qué es esto que ha sucedido?  
MAR. 1.<sup>a</sup> ¿Qué es esto que sucedió?  
MAR. 2.<sup>a</sup> ¿Qué es esto que se lamenta?  
TODOS. ¿Qué es esto? ¿qué es esto?  
TREVIÑO. ¡Ox!

Es el diablo, que las lleve.  
MAR. 1.<sup>a</sup> No lo niegue; digaló.  
TREVIÑO. Tengo un talego, vecinas,  
de dineros tan glotón,  
que de cenar mucho anoche,  
por poco no reventó,  
y está con tanta barriga...

MAR. 2.<sup>a</sup> Llámeme luego un doctor.  
TREVIÑO. No, que mandará sangrarle,  
y es matarle, ¡vive Dios!

ISABEL. Uno pasa por la calle.  
MAR. 1.<sup>a</sup> ¡Señor doctor!  
TREVIÑO. Dejeló.

*Salé BERNARDA de doctor.*

BERN. ¡Paz sea en aquesta casa!  
TREVIÑO. Ya no puede, entrando vos.  
BERN. ¿Dónde está el enfermo, amigo?  
TREVIÑO. Eso es lo que rehusó yo,  
decir dónde está el enfermo.  
TODOS. Héle aquí, que es compasión.

*(Descubren en una camita muy aderezada un talego, echado como un enfermo, y tómale el pulso.)*

BERN. Venga el pulso. Este está ahito  
de tragar tanto doblón;  
métanle luego los dedos;  
vomite lo que tragó.

TREVIÑO. Sólo en esta enfermedad  
es mala la evacuación.  
No le haré tal beneficio  
sin mandarlo su doctor.

BERN. ¿Quién es el que le visita?  
TREVIÑO. Hasta ahora sólo yo.  
BERN. ¿Luego es doctor?  
TREVIÑO. De mi bolsa.  
BERN. Pues ¿en qué lengua estudió?  
TREVIÑO. Al ganarlo estudié en indio,  
y al gastarlo en español.

BERN. Purguémosle.  
TREVIÑO. Es degollarle;  
que yo sé su complexión.  
BERN. Hagamos aquí una junta.  
TREVIÑO. Señor doctor, eso no;  
que es abreviarle la vida  
si nos juntamos los dos.

BERN. Vuelvo á verle; abra la boca;  
abra. ¿Qué tiene, señor?  
TREVIÑO. Lo que no tendrá si la abre.  
Talego mío, ¡chitón!

BERN. Taleguito, si yo he de curarte,

abre la boca, y papará aire. *(Repiten.)*  
TREVIÑO. Taleguito, si tomas mi voto,  
cierra la boca, y pápele otro. *(Repiten.)*

BERN. Si no gusta de que se le cure,  
cáigase muerto.

TREVIÑO. Yo le fio la vida con sólo  
buen regimiento. *(Repiten.)*

BERN. De talegus hincharis dineris,  
dice Avicena,  
que sanorum si de hembra le echatis  
dos sanguijuelas.

TREVIÑO. Pues Galenus in Aforismorum,  
chocata pecunia,  
en tratando con hembris malvatis  
le desahúcian.

BERN. De opinionibus agarratibus  
facile probo.

TREVIÑO. Si apretabitis mecum estafan,  
négolo totum. *(Cubren el talego.)*

BERN. Huyó el dinerito, y quedaisos vos,  
y el corazón se me hizo dos.

TREVIÑO. Que póngale en cobro yo esta vez,  
y el corazón se le haga diez.

*(Fácara.)*

MAR. 1.<sup>a</sup> ¿Cómo trata así esta moza?  
¿El es el cortés mancebo?

TREVIÑO. Yo soy el Cortés, y ella  
el Colón de mi dinero.

MAR. 2.<sup>a</sup> Excuse dos coscorrónes  
que se me van trasluciendo.

TREVIÑO. ¿Qué mucho que se trasluzga  
quien es hija de San Pedro?

BERN. Pues yo soy hija del diablo,  
si tanta mostaza pruebo.

TREVIÑO. No es mucho cuando en su cara  
tantos perejiles vemos.

BERN. ¡Miente!

TREVIÑO. ¡Tome!

MAR. 1.<sup>a</sup> ¡Fuera!

*(Dale TREVIÑO á BERNARDA una bofetada.)*

MAR. 2.<sup>a</sup> ¡Quedó!

*(Llorando y cantando.)*

BERNARDA.

Seca tenga la mano quien tal ha hecho!

MARÍA 2.<sup>a</sup>

Esa es grande grosería.

TREVIÑO.

Pues sóplene allá lo grueso.

MARÍA 2.<sup>a</sup>

Sóplele él, que es sopla vivos.

TREVIÑO.

¡Miente!

MARÍA 2.<sup>a</sup>

¡Tome!

MARÍA 1.<sup>a</sup>

¡Fuera!

*(Dale MARÍA DE SAN PEDRO á TREVIÑO un bofetón.)*

ISABEL.

¡Quedo!

TREVIÑO.  
No lloréis, mocita, por un bofetón,  
que pues yo tengo otro, lloraré por vos.  
No me trates, muchacha, llorando,  
levanta los ojos y mira más blando;  
que francas te hago las dos faltriqueras.  
*(Cantando y llorando.)*

BERNARDA.  
¿Dícelo de veras?

TREVIÑO.  
No, sino burlando.

MARÍA 1.<sup>a</sup>  
Así dicen que en tierra de bobos  
se hacen los gavilancicos mancos.

BERNARDA.  
No te vayas de mí recatando;  
que en fe de que pobre te estoy estimando,  
mis brazos te aguardan de balde. ¿Qué esperas?

TREVIÑO.  
¿Dícelo de veras?

BERNARDA.  
No, sino burlando.

MARÍA 2.<sup>a</sup>  
Así dicen que en tierra de bobos  
se hacen los gavilancicos mancos.

TREVIÑO.  
No se vayan de aquí en acabando;  
que Roque, en albicias que va mejorando,  
no cobra mañana en las puertas primeras.  
*(Dice un MOSQUETERO desde el patio.)*

MOSQUETERO.  
¿Dícelo de veras?

TREVIÑO.  
No, sino burlando.

BERNARDA.  
Así dicen los cobradorcitos  
que se hacen los mosquetericos mancos.  
*(Repiten los MÚSICOS.)*

**220**

**XI.—Entremés famoso: Los cuatro Galanes.**

*Representóle Roque de Figueroa.*

INTERLOCUTORES:  
DOÑA MATEA. UN ESCRIBANO.  
UN DOCTOR. UN LETRADO.  
DOÑA FABIA. MÚSICOS.  
UN SOLDADO.

*Salen DOÑA MATEA y DOÑA FABIA.*

MATEA.  
Muy bien venida seas, doña Fabia.

FABIA.  
Muy bien hallada estás, doña Matea.

¿A ver? ¿qué buena estás! ¡Dios te bendiga!  
Toma, no te haga mal: toma una higa.

MATEA.

Tomaréla de grado,  
por ser la primer cosa que he tomado  
más ha de cuatro meses.

FABIA.

¿Por qué, ó cómo?

MATEA.

Porque no me lo dan, y no lo tomo.

FABIA.

¿Eso no más te tiene melancólica?

MATEA.

Pues ¿es poco faltarme la bucólica?  
Mira, si me faltara  
un mes el ajigolio de la cara,  
ó por mayor mancilla,  
las guedejas, el moño ó la jaulilla,  
ya con el diablo fuera,  
que al fin son deudas con alguna espera;  
pero con el comer, poquitas burlas,  
porque á quien no ejercita la comida  
le tienen puesta pena de la vida.

FABIA.

Están los hombres ya tan acabados,  
que no dan sino coces y bocados.

MATEA.

Ni aun eso; que riñendo cierto día  
con un molde de aquestos galancetes,  
me amenazó un nublado de puñetes;  
y respondiéndome yo: «Pues llegue y démelos»,  
me dijo: «¡Voto á Cristo!, palabrera,  
que si no fuera dar, que te los diera.»

FABIA.

En tiempos tan menguantes,  
son como emperadores los amantes;  
que si amor sus estados les inquieta,  
en casa de las damas hacen dieta.

MATEA.

Todo es hablar, y para mí veneno.

FABIA.

Aun ya ¡si lo que hablasen fuera bueno!  
Mas llegarése un dómine afectado  
de los que dicen *siervo* por criado,  
*avisad esas velas*, mentecato,  
*ausentad ese plato*,  
*vizcopcho*, *pasapatios*, *serenero*,  
*cilantro*, *frisco*, *parangón* y *empero*;  
y gastando esta prosa de los diablos,  
que llama el tal señor romance casto,  
nos deja sin el gusto y sin el gasto.

MATEA.

Pues ya, si el tal galán oficio tiene,  
verásle enamorar muy en su juicio  
en los términos propios de su oficio,  
sin salir dellos.

FABIA.

¡Tente!; que has tocado

el punto más gustoso y sazonado.  
Cuatro galanes tengo.

MATEA.

No son muchos;  
que más fueran cuarenta.

FABIA.

Es un soldado,  
un escribano, un médico, un letrado,  
que pensando que en ello me granjean,  
dos horas cada tarde me marean,  
hablando á lo importuno  
la ciencia que profesa cada uno.  
El señor escribano,  
téngale Dios, si me habla, de su mano,  
porque son sus amores y dulzuras,  
cláusulas generales de escrituras;  
el crítico letrado,  
tratando de su amor muy satisfecho,  
piensa que está informándose en derecho;  
el soldado en los términos de guerra  
me habla siempre, diciendo á lo galante,  
que son mis ojos *escuadrón volante*,  
que *el fuerte reconoce*, si me mira,  
y si se va, que *al campo se retiró*;  
y en tan fiero lenguaje,  
siempre se olvida del matalotaje;  
el médico, que el dar es *una efímera*,  
pero que hará, si dura mi porfía,  
de la vena del arca *una sangría*;  
y todos cuatro apuestan por mil modos  
á cuál me cansa más, y ganan todos.

MATEA.

Y ¿vendrán esta tarde?

FABIA.

¡Bueno es eso!  
¿Ves que has venido, amiga, tan temprano?  
Pues ya llama á la puerta el escribano. (*Llama.*)

MATEA.

Dame este rato bueno, pues estamos  
juntas, y los humores les sigamos.

FABIA.

Será por tu respeto.

MATEA.

¡Qué sazónada tarde me prometo!

*Sale el ESCRIBANO.*

ESCRIBANO.

Beso las de vuestedes muchas veces,  
y de conformidad juro y prometo,  
para que no me pare algún perjuicio,  
que ambas á dos, sin exceptar ninguna,  
*in solidum* las beso á cada una.

MATEA.

¿Eso te cansa?; yo lo tengo á dicha.

ESCRIBANO.

¿Qué responde la dicha y sobredicha?

FABIA.

Que las dos estimamos, como es justo,  
tanta merced.

ESCRIBANO.

Oid, por vida mía;  
que si pasa el favor de cortesía,  
estimo la merced que me habéis hecho  
en cuanto lugar haya de derecho,  
y no en más; pero si esto se me niega,  
renunciaré las leyes de la entrega.

FABIA.

Pues advierta, primero que tal haga,  
que ha de otorgar las de la prueba y paga.

ESCRIBANO.

Yo doy fe que es verdad mi amor constante,  
que os reconozco actora de mi pena,  
y haciendo deuda propia de la ajena,  
me confieso obligado á estar rendido,  
pues os he dado mi poder cumplido.  
No reservéis vuestro derecho á salvo,  
que el dicho amor es cierto y verdadero;  
y por último término os requiero  
que lo creáis, y así os lo notifico.  
¿Qué respondéis?

FABIA.

Que lo oigo, y no replico;  
pero aunque estoy de vos tan satisfecha,  
en cuanto á ser verdad segura y llana  
lo que decís de vuestro amor constante,  
cuidados y suspiros,  
sin embargo de embargos podréis iros.

ESCRIBANO.

Si en mí todo os enfada,  
mi sentencia pasó en cosa juzgada;  
y así me quiero ir sin hacer llantos,  
que hay fuera el verdadero sepan cuantos.

FABIA.

¿Qué te parece?

MATEA.

Que habla como vive,  
y será por ventura  
el primero que yerre una escritura.  
Mas un hombre se ha entrado.

FABIA.

Calla, que es el letrado.

*Sale el LETRADO.*

LETRADO.

Yo, en nombre de mi amor y mi deseo,  
en el pleito que sigo  
con vuestra ingratitud, señora, digo  
que afirmándose en todo,  
y demás favorable á mis enojos,  
debéis quererme á mí como yo os quiero,  
pronunciando en mi abono. Lo primero  
es por lo general.

FABIA.

Yo os lo confieso,  
porque lo general es texto expreso.

LETRADO.

Lo otro, porque siendo los culpados  
vuestros ojos, quedaron obligados

luego á su evicción y saneamiento;  
lo otro, porque amando y padeciendo,  
se hace mayor el daño cada día,  
y está la petición por parte mía:  
por lo cual, y demás que en favor mío  
puedo hacer, en razón de mi cuidado,  
lo doy por referido y alegado.  
Pido justicia, y juro incontinente.

MATEA.

Las costas se olvidaron solamente.

FABIA.

Traslado á la otra parte.

LETRADO.

Esa es violencia,  
y es sólo dilatarme la sentencia;  
que este juicio es sumario, y no requiere  
plena probanza, y va muy á lo largo;  
y así apelo.

FABIA.

Traslado, sin embargo.

LETRADO.

Pues yo apelo y protesto nulidades;  
y en caso que se dude lo que lloro,  
el real auxilio de la fuerza imploro,  
y pido sobre aqueste fundamento  
debido y especial pronunciamiento.  
Otrosí, que el amor es ciego y niño;  
y pues que sirve, llora y no merece,  
lesión más que inormísima padece;  
y así primero, y ante todas cosas,  
pido restitución, y me compete,  
que el amor en derecho lo promete.

FABIA.

Esa restitución pedidla en tiempo,  
que no ha lugar por ser demanda nueva.

LETRADO.

No importa recibir la causa á prueba.

FABIA.

En la materia estáis.

LETRADO.

Héla estudiado.

MATEA.

Sobre lo principal habla el letrado.

FABIA.

Término para prueba habéis pedido,  
y así os le quiero conceder cumplido,  
con tal que en los ochenta días cabales  
no me habéis de pasar destos umbrales.

LETRADO.

Mira...

FABIA.

No hay que mirar, que esto es lo justo.

MATEA.

¿Hay cosa de más gusto?

LETRADO.

¿Así me pagas lo que fué tu siervo?

FABIA.

Para definitiva lo reservo;  
y hasta entonces estése el tal letrado  
á perpetuo silencio condenado.

*(Vase el LETRADO y sale el SOLDADO.)*

SOLDADO.

Como espía perdida,  
que no estima la vida  
y la lleva jugada,  
fiado en su valor más que en su espada,  
sin temor del castigo,  
en el campo me entré del enemigo.  
¿A cuándo aguardas, di, con tu belleza,  
que no me rindes esa fortaleza?  
Porque hasta haber ese desdén rendido  
á buena guerra ó á mejor partido,  
pues te tengo sitiada,  
aunque pienso que estás bien pertrechada,  
y aunque me tengas por cansado y terco,  
será imposible levantar el cerco.

FABIA.

Tiéneme tan cercada y oprimida  
vuested, señor soldado,  
que á no entrarse socorro por un lado,  
temer pudiera mi cansada gente,  
que está sin bastimento suficiente.

SOLDADO.

Pues si en eso consiste, dulce prenda,  
vamos á saquear cualquiera tienda.

FABIA.

Ese vistoso alarde  
suspenda vuestasted por esta tarde:  
quede para mañana, por mi vida.

SOLDADO.

¿Treguas me pides? Tú saldrás vencida.

MATEA.

Retírese el soldado.

SOLDADO.

Es despedirme,  
y del cuerpo de guardia no he de irme.

FABIA.

Retírese.

MATEA.

El soldado que es valiente  
ha de ser obediente.

SOLDADO.

El orden guardaré, doña Matea;  
y entre tanto me voy á pecorear.

*(Vase el SOLDADO y sale el DOCTOR.)*

DOCTOR.

Deo gracias, el doctor.

FABIA.

Sea bien venido.

DOCTOR.

Cuanto á mi pretensión, le tomo el pulso,

y con sus cotidianas inclemencias,  
mortal le hallo con intercadencias.  
Para aplicarle algún remedio bueno,  
el dinero me sirve de Galeno:  
en él estudio el dar, que este aforismo  
resucita al postrero parasismo.

FABIA.

Señor doctor, amor se está muriendo  
de no comer.

DOCTOR.

La enfermedad entiendo:  
úntele con unguento mejicano  
en lugar del estómago la mano,  
y luego comerá en estando untado.

FABIA.

¡Jesús, y qué doctor tan acertado!

MATEA.

Dúdase si el untar le hará provecho;  
que tiene amor muy resfriado el pecho.

DOCTOR.

Tome orozuz, que es bueno.

MATEA.

No lo ignoro:  
mas hácele asco el *suz*.

DOCTOR.

Pues tome el oro.

FABIA.

Está quien le ha de dar muy estreñido.

DOCTOR.

Déle de celos una pildorilla,  
y de bolsa se irá como canilla.

FABIA.

Si obran tan bien, darélos.

DOCTOR.

No hay ruibarbo, pardiez, como unos celos;  
ni se ha visto que yerren.

FABIA.

Este sí que es doctor; con él me entierren.

DOCTOR.

Sí enterrarán, que por diversos modos,  
con nosotros no más se entierran todos.

FABIA.

Melancólica estoy.

DOCTOR.

¿Hipocondrías  
adonde yo estuviere?; no en mis días.  
Recipe musicorum uncias cuatro,  
sirupe de poetas,  
duas dracmas, infusión de castañetas,  
porque con esto y fricación de manos,  
si estamos buenos, quedaremos sanos.

FABIA.

¿Dónde se vende lo que ha recetado?

DOCTOR.

Vélo aquí todo; no las dé cuidado.

(*Baile.*)

MÚSICOS. Ténganse los embozados,  
tus ojuclos matasietes,  
espadachines de amor,  
broqueleros de la muerte;  
téngansé,  
que miren que los mataré.  
Ténganse: no haya quistión;  
repórtense; que los teme  
á sus rubias estocadas  
el soslayo más de nieve;  
que el soslayo,  
si no mata, es por milagro.  
Por tuya queda la vida,  
pues son ojos tan valientes,  
que comen á miraduras,  
y que las almas se beben.  
Tan matantes  
son sus ojos criminales,  
ojos de rastro y estafa,  
giferitos y corchetes,  
que son rufianes azules,  
de la heria y pendón verde.  
¡Fuera!, dije,  
que si miran nadie vive,  
preciados de criminales,  
estrellados con la gente,  
dos hampones antiviones,  
y dos chirlos relucientes.  
Téngansé,  
que miren que los mataré.

ELLA. Mancebito, remedia mis males;  
que hay sobra de amores y falta de  
[reales.]

ÉL. Muchachita, ¿por qué no me dejas,  
que más quiero un cuarto  
que á todas las hembras?

ELLA. Una buena cara,  
¿quién no la festeja?  
ÉL. Y ¿quién no defiende  
una faltriquera?

ELLA. Mancebito, etc.

ÉL. Muchachita, etc.

221

## XII.—Entremés cantado: El talego. (Segunda parte.)

*Representóle Antonio de Prado.*

INTERLOCUTORES:

JOSEFA LOBACO.	FRUTOS, gracioso.
LUISA DE LA CRUZ.	MARIANA VACA, autora.
LUISA BORDOY.	BAILARINES Y MÚSICOS.

*Salen tres mujeres, de doctores, cantando, etc.*

JOSEFA. Un talego estuvo al cabo  
de una hinchazón que le dió,  
y después que está sin ella  
se siente mucho mucho peor.

ÉL. ¡Ay, qué dolor!  
L. CRUZ. ¡Qué mucho que haya empeorado,

si el femenino doctor  
le ha degollado á sangrías  
siendo su mal repleción!  
¡Qué compasión!

L. BORD. Yo fui quien sangró el talego,  
y si vieran, como yo,  
con la gana que salía,  
lo mismo hicieran las dos.

Sí, ¡vive Dios!

JOSEFA. ¿Dióle con qué vomitase?

L. BORD. Sí; y al punto vomitó  
unas cosas amarillas,  
que causaban la hinchazón.  
L. CRUZ. Fué venturón, fué venturón.  
¿No se levanta un poquito,  
y hace pinitos?

Señor,

con ayuda de vecinos  
se alienta más que pensó.

TODAS. No lo acertó, no lo acertó.

JOSEFA. Si los dineritos no se sienten bue-  
[nos...]

L. CRUZ. Y las mujercitas somos sus Galenos...

L. BORD. ¡Ay de los talegos!

LAS 3. Que con los deseos de salud mejor...

L. BORD. Mientras más doctores llaman...

JOSEFA Y L. CRUZ. Más aprisa corren y vuelan  
á su perdición.

LAS 3. A su perdición, á su perdición.

*Sacan la AUTORA y otras dos mujeres un talego á andar.*

TODAS. Anda, niño, anda,  
que amor te lo manda.

AUTORA. Tu dueño tacaño...

TODAS. Que andes en un año.

AUTORA. El vil interés...

TODAS. Que andes en un mes.

AUTORA. La mucha porfía...

TODAS. Que andes en un día;

que mientras más y más presto an-  
[duvieres,

JOSEFA. El pez, de tres años.

L. CRUZ. El vino, de dos.

L. BORD. La carne, de uno.

JOSEFA. De medio, el capón.

L. CRUZ. Los panes, de ayer.

L. BORD. Los huevos, de hoy.

JOSEFA. El asado, de ahora.

L. CRUZ. Mas un talegón...

L. BORD. Siempre anda. (*Pausa.*)

JOSEFA. Siempre viene.

LAS 3. Que siempre llega á linda ocasión.

(*Pausa.*)

JOSEFA. Yo lo digo, y soy doctor.

L. CRUZ. Yo lo digo, y soy doctor.

L. BORD. Yo lo digo, y soy doctor.

LAS 3. Que siempre llega á linda ocasión.

*Sale FRUTOS.*

FRUTOS. Miren cuál anda mi enfermo.  
Taleguito, ¿qué haré yo?;  
que me como de doctores,  
y los doctores de vos,  
sin redención.

JOSEFA. ¿Qué es lo que tiene de nuevo?

FRUTOS. Antes no tiene señor;

que de tener sin tenerlo,  
el no tener procedió.

LAS 3. ¡Ay, qué dolor!  
L. BORD. Déjele comer de todo,  
del cuarto, el real y el doblón.

FRUTOS. Si no le para en el cuerpo,  
no importa que coma, no.

TODAS. Tiene razón.

L. CRUZ. Tiéntelo todo.

FRUTOS. Talego,

resistid la tentación.

JOSEFA. ¿Está muerto?

FRUTOS. Su habla tiene,

aunque muy flaca la voz.

TODAS. No es lo mejor.

JOSEFA. Una junta, señores, hagamos luego.

TODAS. Cuanto allá recetaren, acá lo haremos.

FRUTOS. ¡A más ver!; taleguito, ¡adiós!;

que esta junta me aparta de vos.

JOSEFA. Afirma Galeno,

que zas teleguimenus febris sereno.

L. BORD. Hipócrates dice:

Chichi pocimatium pollastris radice.

L. CRUZ. Prosigue Avicena:

Xulapi tomatum purgata carena.

FRUTOS. Si todas las juntas se entienden así,

¡ay de vos y ay de mí!;

que nos matan en buen romance,

y nos curan en mal latín.

L. CRUZ. Todas son flaquezas las que en él se

[ven.]

FRUTOS. Las que yo he tenido viene á pagar él.

(*Sacuden el talego.*)

AUTORA. Ya espiró, de sacarle

dineros siempre.

FRUTOS. Vüesastedes viven

de lo que él muere.

TODAS. ¡Ay, qué falta nos hace

su mayorazgo!

FRUTOS. ¡Dios me libre el que queda,

que está malsano!

JOSEFA. Veámosle luego...

L. CRUZ. El mal del talego.

L. BORD. No pase adelante, y nos dé más cui-  
[dados.]

FRUTOS. Ya le sacan sus paniaguados.

*Salen todos los que bailan, y sacan otro talego, como que está  
lleno, y un garrote dentro como de media vara.*

TODAS. ¡Plaza, plaza á un enfermo

de tal calidad,

que con el mal que tiene

quita cualquier mal!

JOSEFA. Informe el doliente.

L. CRUZ. ¿Qué tiene ó qué siente?

L. BORD. Estáse ahogando, y no puede decillo.

(*Llegan á verle, y ven el garrote y espántanse todas.*)

FRUTOS. ¡Ay, señoras, que tiene garrotillo!

L. BORD. Veamos la boca.

L. CRUZ. A ver dónde toca.

JOSEFA. Será garrotillo, si siente embarazo.

L. BORD. (*Gritillo.*)

¡Ay, señoras, que es garrotazo!

JOSEFA. Garrotillo, y de madera,

¡guarda fuera!

¡Guarda fuera, guarda fuera!

Nadie se llegue, que es mal que se [pega.  
(Desmáyanse.)  
TODAS. Ténganos, que del susto nos desma-  
[yamos.  
FRUTOS. Con garrotos se vuelve de los des-  
[mayos.  
(Toma el garrote.)  
L. CRUZ. ¡Guarda fuera!  
TODAS. ¡Guarda fuera!  
Guarda el remedio, que ya estamos  
[buenas.  
FRUTOS. Garrotazo, ó decir la verdad.  
TODAS. ¡Qué crueldad!  
FRUTOS. O respondan, ó habrá coscorrón.  
TODAS. ¡Qué sinrazón!  
FRUTOS. ¿Qué hacen para llegar  
á la cumbre del pedir?  
TODAS. Subir, subir. (Alzan los brazos.)  
FRUTOS. ¿Y al abismo del negar?  
TODAS. Bajar, bajar; (Bajan los brazos.)  
que en esta edad,  
desde el alto monte del pido,  
bajamos rodando  
al no quiero ó no hay.  
FRUTOS. Con los ricos..., con los ricos...,  
que son motolitos. (Alzan las voces.)  
TODAS. Suben los gritos.  
FRUTOS. Con los pobres  
que os matan á coces... (Bajan la voz.)  
TODAS. Bajan las voces;  
que en esta edad,  
con los muelles las voces alzamos,  
con los bravos el toldo bajamos,  
callando y temiendo mayor tempes-  
Mocito bozal, [tad.  
FRUTOS. ¡ojo alerta!, que estas sabandijas  
quieren ser llevadas por mal, etc.

222

### XIII.—Entremés cantado: El Guarda-infante.

(Primera parte.)

Representóle Tomás Fernández.

INTERLOCUTORES:

JUAN RANA, de alcalde.	UN MOZO DE MULAS.
SALVADOR.	UN VEJETE.
UN ALGUACIL.	UN MUERTO.
JOSEFA ROMÁN.	MÚSICOS.
UN PESCADOR.	

(Canta.)

JUAN. Señora mosquetería,  
escuchá á vuestro Juan Rana.

(Representa.)

¿Yo no só alcalde perpetuo?  
¿Vos no me distis la vara?

(Canta.)

Pues, ¿cómo en ausencia mía  
consentís que una mochacha  
en la audencia de Avendaño  
me usurpe mis alcaldadas?

(Representa.)

Beatricilla se me atreve,  
y siendo alcaldesa falsa,  
entre ella y los presos me hacen  
trampantojos las risadas.

(Canta.)

Pues para ésta y para estotra,  
para mi cara mulata,  
para tantos, para cuántos,  
y para mi santiguada,

(Representa.)

que he de vengarme en las hembras;  
pues no alegrarán que pagan  
los justos por pecadores,  
andando todas tan anchas.

Sale SALVADOR, y tráele por el tablado muy aprisa.

SALV. (Representa.) ¡Señor alcalde!  
JUAN. ¿Qué hay?  
SALV. ¡Alcalde de mis entrañas!  
JUAN. ¿Qué os ha dado?  
SALV. ¡Alcalde mío!  
JUAN. ¿Qué os toma?  
SALV. ¡Alcalde!  
JUAN. Ya escampa.  
¿Hay más alcaldes? ¿Soy yo  
Chancillería?  
SALV. ¿No habla?  
JUAN. Ya hablarán.  
SALV. ¿No se pasea?  
JUAN. Pues, ¿qué es aquesto?  
SALV. ¿No anda?  
JUAN. Ya ando.  
SALV. ¿No alarga el paso?  
JUAN. ¡Pues no!  
SALV. Mucha flema gasta.  
JUAN. Antes no gasto ninguna,  
que por eso tengo tanta.  
SALV. ¿Habéis comido cazuela?  
JUAN. Porque yo he comido natas,  
y no quieren ejercicio.  
SALV. Escuchad dos mil palabras.

Séntase JUAN RANA en el suelo.

JUAN. Ahora decí un millón.  
SALV. ¿Qué hace?  
JUAN. Echarme con la carga.  
SALV. Álcese.  
JUAN. Dadme la mano.  
SALV. ¡Alá!  
JUAN. (Dentro.) ¡Alá!

(Al irse á levantar dice alá, y dicen dentro alá y vuélvese á caer.)

JUAN. ¡Ay, que me matan!  
SALV. Calle, que traen una presa.  
JUAN. ¿Presa? Venga, si es de vaca.

Sale un ALGUACIL cantando.

ALG. Presa os traigo una falduda,  
porque entrando por la plaza,  
hasta que pasó, estuvieron  
detenidas cien mil almas.

JUAN. ¿Es muy gorda?  
ALG. Una sardina.  
JUAN. ¿Iba sola?

ALG. Ella y sus faldas.  
JUAN. No es nada la añadidura;  
menos ocupa la guarda.  
Decidla que entre.

ALG. No puede.

JUAN. Pues pueda.

ALG. ¿Cómo?

JUAN. Á patadas.

ALG. Un tabique han derribado,  
y en él está atravesada.JUAN. Pues échenla una maroma,  
y hasta meterla en la sala,  
cuantos puedan tiren della,  
aunque derriben la casa.

(Echan una maroma al vestuario y sale atada de ella JOSEFA ROMÁN, vestida muy husca, con todas las cosas que dirán los versos, y tiran desde el tablado como que hacen fuerza.)

(Cantan todos.)

Por sus condiciones y por sus usos  
ya no caben las hembras dentro del  
¡Tirar, tirar, tirar, tirar! [mundo.  
Ya cabe, ya entra, ya viene, ya llega;  
que aunque quiere no puede;  
que es mucha la ropa que trae,  
la ropa que trae.

JOSEFA. Miren cómo tiran, canalla ignorante,  
que me ajan mi guarda-infante.  
JUAN. ¡Jeso Cristo! ¡Hola! ¿Es mujer?

(Súbese en un banco como espantado.)

ALG. Pues, ¿qué ha de ser?

JUAN. La tarasca,

que ya sale por el Corpus,  
medio sierpe y medio dama.

JOSEFA. Lo que se usa, señor alcaidito,

(Canta y baila.)

gracioso y bonito,  
dice el refrancito,  
que nunca se excusa;  
y por sólo hacer lo que vemos,  
las hembras traemos,  
aunque reventemos,  
tanta garatusa, tusa, tusa. (Repiten.)

JUAN. Si por ver lo que se han ensanchado,

(Hacen lo mismo.)

el padre ó velado  
á ojo cerrado  
las diera una tunda,  
¡vive Cristo!, que el toldo bajaran;  
y aunque regañaran,  
ellas ahorraran  
de tal baraúnda, unda, unda. (Repiten.)

Sale un PESCADOR.

PESC. De parte de las ballenas  
pongo á esta moza demanda,  
porque después que andan huecas,  
traen á todas desbarbadas.

JUAN. Piden sus barbas y costas.  
¡Prace á Dios que muestas barbas  
no son buenas para eso,  
que también mos las pelaran!  
Al momento se las vuelva.

(Saca del guarda-infante unas ballenas y dáselas.)

JOSEFA. No importa un bledo,  
que ya usamos por ellas  
aros de hierro.

JUAN. Ya es viejo en las hembras,  
porque sólo los yerros  
son los que aciertan.

Sale un MOZO DE MULAS.

MOZO. Caballos, mulas, pollinos  
á aquesta mocita embargan,  
porque para los manteos  
les ha quitado la paja,  
y están rabiando de hambre.  
JUAN. ¡Miren qué gusto de damas,  
que lo que los asnos comen  
han escogido por gala!  
Vuelva luego la paja.

(Saca una manada de paja y dáselas.)

JOSEFA. Tome, mocito,  
que es muy rubia quien tiene  
gusto pajizo.

JUAN. Á ellos la paja,  
y cebada á los burros  
que se la pagan.

Sale el INVIERNO, de vejete.

VEJETE. Yo soy el Invierno, y pido  
que desesteren las sayas,  
pues con este uso maldito  
una pleita no se halla.

JUAN. Vuelva al Invierno su abrigo,  
que no han de estar las mochachas  
esteradas para el frío.

JOSEFA. Pues, ¿cómo han de estar?  
JUAN. Colgadas.

(Deja caer el guarda-infante, que ha de ser de estereras, y dásele, y queda estrujada.)

JOSEFA. Tome allá sus pleitas;  
no quiero pleitos,  
que lo que ellas visten  
desnudan ellos.

JUAN. Á pocas demandas,  
estrujada ha quedado  
como naranja.

Sale un MUERTO.

MUERTO. Desde el otro mundo vengo...

JUAN. Venga muy en hora mala.

MUERTO. Por aquel moño que pueblan  
mis guedejas mal logradas:

por señas, que han de tener  
algunas liendres pegadas.

JUAN. Volvédselas; quizá tiene  
llama donde chamuscallas.

(Quítala el moño.)

MUERTO. No se vista lo ajeno:  
venga mi moño.

JOSEFA. Tómele, que otro muerto  
me dará otro.

JUAN. Habiendo hospitales,  
donde un moño se cierra  
ciento se abren.

Señores blandos de bolsa,  
miren de lo que se pagan.

¡Vive Dios que es lagartija  
la que nos pareció abada!

JOSEFA. Pues desnuda á las hembras, alcalde,  
volviendo á vestir las su bolsa lo pa-

JUAN. En mi vida di más de jubones: [gue.

si destes quisieren, escojan y tomen.  
 MUJ. 2.<sup>a</sup> ¿De qué tela son, alcalde?  
 JUAN. De cuero, que no se rompen.  
 MUJ. 3.<sup>a</sup> Y ¿de qué color, amigo?  
 JUAN. Coloradas las labores.  
 JOSEFA. Y ¿qué guarnición les echa?  
 JUAN. Mosqueado, y atrás los golpes.  
 JOSEFA. ¿Es buen sastre el que los hace?  
 JUAN. Píntalos, que no los cose.  
 JOSEFA. Y ¿tan bien abotonados...  
 JUAN. Que jamás se desabrochen.  
 TODAS. Guárdelos, vístalos, póngalos, maja-  
 JUAN. Esas sean las galas y naguas [derote.  
 que den á las hembras los señores  
 [hombres.  
 TODAS. ¡Quedito, pasito! Porque si le oyen,  
 no habrá diablos que puedan sacalles  
 más joya ni gala que aquestos jubo-  
 nes.  
 JUAN. ¡Señores hombres! *(Alza la voz.)*  
 TODAS. Baje las voces.  
 JUAN. ¡Palo y azote! *(Alza la voz.)*  
 TODAS. ¡Quedito, pasito! *(Voz muy baja.)*  
 Porque si lo oyen, etc.

## 223

XIV.—Entremés famoso:  
El Murmurador.

Representable Antonio de Prado.

INTERLOCUTORES:

QUITERIA.	PEDRO.
ESTEFANÍA.	UN CRIADO.

*(Salen QUITERIA y ESTEFANÍA.)*

ESTEFANÍA.

¿De qué es tanta tristeza, amiga mía?  
 ¿Estás mala?

QUITERIA.

Y muy mala, Estefanía.

ESTEFANÍA.

¿Duélete la cabeza?

QUITERIA.

Peor, amiga.

ESTEFANÍA.

¿Hante aojado?

QUITERIA.

Peor.

ESTEFANÍA.

¿Es calentura?

QUITERIA.

Peor.

ESTEFANÍA.

¡Válame Dios! ¿Tienes modorra?

QUITERIA.

Mucho peor.

ESTEFANÍA.

Sin duda es tabardillo.

QUITERIA.

Muchísimo peor.

ESTEFANÍA.

¿Peor? ¿Es peste?

QUITERIA.

Peor y repeor.

ESTEFANÍA.

¡Hay tal desdicha!

Dímelo tú, pues yo no acierto en nada.

¿Qué tienes, mi Quiteria?

QUITERIA.

Soy casada.

ESTEFANÍA.

Y ¿aquése es tanto mal?

QUITERIA.

Si es á disgusto,  
 ¿parécete que hay mal como él, hermana?

ESTEFANÍA.

Ese no es mal, que es muerte cotidiana.  
 Y ¿en qué te enfada tu marido?

QUITERIA.

En todo:

en la cara, en el talle y en el modo;  
 que no hay cosa en el mundo, mala ó buena,  
 que no le enfade y de que no se pudra;  
 y fuera desto toma, sin embargo,  
 todas las pesadumbres á su cargo;  
 de suerte que, en eterno movimiento  
 se quita la salud, y á mí el contento.

ESTEFANÍA.

Consuélate conmigo, pues que tengo  
 un marido que es cuerpo de verdades.

QUITERIA.

¿Por qué?

ESTEFANÍA.

Porque en su vida le ha salido  
 una verdad del cuerpo, y son de suerte  
 las mentiras que dice, que la gente  
 en viéndole mentir, al punto miente.

QUITERIA.

Aqueso del mentir es pegajoso;  
 mas, ¿qué hombre hay que no sea mentiroso?  
 ¿Qué es ver á un bellacón enamorado  
 llorar, gemir, hacer exclamaciones?  
 «¡Vida del alma, mira que te adoro!  
 ¿Jurando no me crees, yo soy moro?  
 ¿Hay tal ingratitud?; pues ¡vive Cristo!,  
 que me cuesta la vida haberte visto.  
 ¿Desto te ríes? Yo tengo la culpa  
 en tratarte verdad, que si yo fuera  
 como los mancebitos que se usan,  
 no hicieras de mi pena pasatiempo;

mas no soy hombre yo de aqueste tiempo,  
 y así no medro.» Y dando trascartones,  
 lo que hoy le dijeron á Pascuala,  
 mañana se lo dicen á Dominga.  
 ¡Malhaya la mujer que no los pringa!  
 Miren, bien puede ser, señores hombres,  
 que yo deje engañarme por mi gusto;  
 mas crear los visajes y ademanos  
 que hacen por cumplir su vil deseo,  
 revienten vuestastedes si tal creo.

*Salé PEDRO, muy asustado.*

PEDRO.

¡Mujer!

QUITERIA.

¡Marido!

PEDRO.

Llamen al barbero.

QUITERIA.

Pues ¿qué queréis hacer?

PEDRO.

Sangrarme quiero,  
 porque traigo la sangre requemada,  
 corrompida, colérica, dañada,  
 adusta, hecha materia y repodrida.

QUITERIA.

¿De qué?

PEDRO.

De ver la gente entretenida  
 en mormurar los unos de los otros.  
 Lengua de tarabilla, ¿qué te importa  
 que doña Gazmia sea anchifrentona,  
 y no quiera el socorro de los moños?  
 Pase sin enmoñar: ¿qué te embaraza  
 que tenga la mollera calabaza?  
 Y si se pone moño, no te angusties  
 porque riza el cabello del difunto,  
 que el difunto verá lo que le cumple:  
 pues ¿no se queja él y tú te pudres?

QUITERIA.

Es como un religioso, que lloraba  
 tiernamente de ver quemar á un hombre,  
 que oyendo los sollozos, dijo: «Padre,  
 ¿no lloro yo, que soy el que se abrasa,  
 y llora él, que ha de volverse á casa?»

PEDRO.

Esto no es mormurar, que no acostumbro  
 á meterme en las vidas de los otros;  
 mas, ¿por qué una viudita relamida,  
 repulgada de faz, boquifruncida,  
 llora por la mañana los difuntos,  
 y ríe con los vivos por la noche,  
 dejando el ataúd y yendo al coche,  
 donde come á un cuitado á dos carrillos  
 cuanta moneda trae en los bolsillos?

ESTEFANÍA.

Deje vuested la viuda y no la dome:  
 coma, señor, que de sus carnes come.

PEDRO.

¡Pues y á unos bellacotes redomados,  
 que dicen que en el mundo no hay doncellas!  
 Pues si las perseguís, ¿cómo ha de habellas?  
 Pregunto, lengüecitas de escorpiones:  
 en la casa que hay gatos, ¿hay ratones?  
 No; pues ¿cómo queréis que ahora los haya,  
 si vemos que si acaso se rebulle  
 la doncella más simple y recatada,  
 llega un gato y la pega manotada?  
 Las doncellas parecen á los trajes,  
 que los que no se usan ya los guardan,  
 hasta que vuelven otra vez á usarse.  
 Doncellas muchas hay, aunque sin vellas,  
 porque ahora no se usan las doncellas;  
 mas, porque no se usen no se excusen,  
 están guardadas para cuando se usen.

ESTEFANÍA.

¿Qué bueno va riñendo al que mormura!  
 Mormura más que todos el amigo.

QUITERIA.

Marido, reportaos.

PEDRO.

Pues yo, ¿qué digo,  
 porque riño las lenguas maldicientes?  
 Pues, ¿por qué ha de decir un desalmado  
 que hay esposa que engaña á su velado,  
 y que cierta casada que él tenía  
 le metió en el retrete que dormía,  
 y á media noche despertó asustada,  
 diciendo que un postigo se quedaba  
 abierto, y á cerrar se levantaba,  
 y abrazando al galán, decía al marido:  
 «Pues, ¿vesme levantar y te estás quedo?  
 Háblame desde ahí, que tengo miedo.»  
 Y el simplete, de risa medio loco,  
 la respondía: «¡Bu! ¡Tómala, coco!»  
 Que aunque es verdad que hay hembras mo-  
 [jigatas,  
 y que al hombre que en más bellaco toca  
 le meterán los naipes en la boca,  
 con todo eso, lo que á nadie obliga  
 es muy gran picardía que se diga.

ESTEFANÍA.

Y ¿dícelo vuested? ¡Gentil despacho!

PEDRO.

Si á uno que juega al hombre diesen chacho  
 porque habló, el compañero ¿qué diría?  
 Que era, votado á Dios, bellaquería.  
 Pues, ¿cuánto peor es, mirones diablos,  
 hablar y más hablar en un corrillo,  
 y llevarse la honra de codillo?

ESTEFANÍA.

Perdido está, Quiteria, tu marido.

QUITERIA.

Marido, que os entráis la tierra adentro:  
 mirad lo que decís.

PEDRO.

¡Que haya persona